

MARÍA JOSÉ PRIETO VÁZQUEZ



UN EMPERADOR, UNA MUJER,
UNA FE

narrativa



1

Siglo I

La gran polvareda que se estaba levantando casi hacía invisible el espléndido templo, cuya torre sobresalía en la explanada, rodeada por un muro, recubierto todo por placas de oro y mármol blanquísimo, aquel que se levantaba donde Abraham iba a sacrificar a su hijo y donde se irguió el antiguo templo de Salomón. Ya había sido destruido en el año 575, cuando la deportación de los judíos a Babilonia, y fue reconstruido por segunda vez en el 165 a.C. Contenía el Arca de la Alianza y el candelabro de los siete brazos. Apenas se vislumbraba la gran muralla y el elegante edificio interior que le daba el empaque y la fuerza de su civilización y su historia.

No se veían más que cientos de personas masacradas por los soldados del ejército romano. Muchas de las autoridades dirigentes habían caído: sacerdotes, miembros del sanedrín, rabinos... Allí estaba su casa, medio destruida; sus padres muertos, y ella llorando encima de sus cuerpos exánimes. Y en estas circunstancias tan penosas no le daba tiempo a reflexionar sobre su futuro. En aquel momento estaba centrada en la tragedia que se le venía encima, y en la pérdida de los pilares de su personalidad y de su vida. No percibía el ir y venir de los soldados enemigos, ni el grito de angustia de las personas, cuyos progenitores o hermanos habían pasado a mejor vida en un instante, sin darles tiempo a reaccionar.

Sentía que aquella joya de la humanidad iba a ser destrozada, igual que antaño. Pero ahora sería distinto; lo presentía y lo visualizaba,

igual que había visto otras muchas cosas a través de su mente extraordinaria y fuera de lo común. Siendo gobernador de Judea el romano Floro, un motivo nimio había hecho estallar de nuevo el odio entre judíos y romanos. ¡Era inevitable!

De aquella rica casa que fue suya quedaba algún resto decorativo y algunos arcos. La *mazuzá* había desaparecido, y sus padres, que eran lo único que le restaba (pues no tenía hermanos, y a sus esclavos los habían asesinado también), se habían elevado a esferas lumínicas. Lloraba su pena, pero presentaba un halo de esperanza sobre su destino. Descansarían en paz para siempre. Pero, ¿qué sería de ella, ahora que se quedaba desamparada en el mundo? No solo temía a Roma; sino también a sus propios compatriotas. Los zelotes fueron los que provocaron el conflicto con la capital del Imperio, por su extremismo y oposición a las leyes religiosas de la metrópoli. Pero también entre estos, los de su propio credo, había discrepancias; y cada vez mayores.

A merced de las tropas enemigas, ¿qué destino le esperaba? Porque no contaba con el apoyo de sus congéneres. Confiaba en su Dios, en el único que le iba a proteger de todo mal; pero eso sí, debería tener mucha fe, pues de ella dependía su porvenir.

Su mirada abarcaba un gran espacio. Avistaba a los soldados del Imperio que se erguían como una amenaza inminente sobre aquella ciudad milenaria e histórica. La coraza, el escudo y las lanzas refulgían como los rayos del sol, cuando se proyectaba en las casas con la fuerza atroz del calor; y más que esto, quizás como los ojos mortales de la Gorgona, que con su mirada petrificaba a todo el que clavase la vista en ella.

De lo único que se sentía orgullosa y satisfecha era de los muchos saberes que albergaba su mente, por su utilidad y proyección sobre las demás personas, y la paz interior que le habían reportado. Muchas veces se encontró en peligro a causa de ellos en un mundo cerrado para las mujeres, como era aquel en que le tocaba pasar su vida. Había viajado por ciudades como Tolemaida y Cesarea de Filipo, donde se

respiraba un aire romano, y contaban la forma de vivir de los césares y el ambiente frívolo que los rodeaba, así como los cotilleos sobre la organización de la capital del mundo y su imperio. Sabía que en ella predominaba una gran libertad, que tenía cosas buenas, y otras que no lo eran tanto; y que sus creencias constituían un simple trámite, puesto que no daban importancia a la moral, a su comportamiento con los demás seres humanos, si no estaba enfocado desde el punto de vista del interés personal. El egoísmo regía en el mayor de los tronos; aquel credo estaba hecho para favorecer a los grandes: solo perseguía el bienestar de los poderosos, y despreciaba a los esclavos, a quienes tenía como simples objetos de servicio. Se trataba de una ideología puramente materialista.

Ahora notaba más cerca a aquellas bestias sometidas a un imperialismo que lo único que acarrea eran víctimas inocentes, y en definitiva, dolor y penas terribles para los otros, mientras que el romano opresor engordaba su ego con el sufrimiento ajeno. Se dirigían hacia ella, a la Roma imperial. Esperaba su pronta muerte; pero observó que pasaron de largo, algo inexplicable en estas circunstancias. Esa fe que siempre la había guiado podría ser la autora de su inmediata salvación; pero... a lo lejos detectó la silueta de un soldado que venía directamente hacia su persona.

Bajó del caballo, se la quedó mirando como extasiado. ¿Qué había visto en ella? Sin duda algo extraño pasó por su cabeza, porque la expresión de su rostro era tranquila y reposada; no mostraba ningún signo de violencia ni de tensión. Pero, ¿cuál sería su propósito? Prefería la muerte a ser esclava del degenerado pueblo romano, de cuya violencia y excesos sabía por fuentes directas. También quedó paralizada ante la actitud del inesperado visitante. Le hizo algunas preguntas en latín, dando por hecho que no lo iba a entender, pues las mujeres en Israel tenían menos libertad e instrucción que en Roma. Pero ella contestó con aplomo y exactitud, ante la admiración de él.

—¡Ave, muchacha! No temas, no te voy a hacer nada malo.

—Supongo que si no me matas, me harás esclava de un imperio que es el dueño del mundo, y que ha sometido a tantas personas tratándolas como animales y objetos.

—No me juzgues así; lucho por patriotismo y deber.

—Al servicio del mayor monstruo que ha conocido la historia; pero no me importa morir. Lo prefiero antes de ser pasto lento de un pueblo tan cruel.

—No deberías hablar así de nuestro emperador. Es una gran osadía; pero hay algo en ti que... Roma ha forjado un inmenso imperio. Es un mérito extraordinario; pero...

—¿Pero, qué?

—Es increíble. Me has entendido todo. Además, eres muy bella, extraordinariamente bella...

—¿Como para dar satisfacción a las desordenadas pasiones de cualquier aristócrata?

—No. Adivino que tú eres una persona de las que no se encuentran corrientemente. Hay un misterio en tu ser que me ha calado muy hondo. ¿Cómo te llamas?

—Esther.

—Bello nombre. No deseo ni acabar con tu vida ni hacerte esclava de nadie.

—¡Qué extraño es todo!

—Puede... Pero es que tu presencia me ha dejado... no soy un asesino. No me gusta matar. Comprende que obedezco órdenes, pero...

—¿Cómo te llamas?

—Soy el general Tito Flavio Vespasiano. Disimula. Vendrás conmigo como si fueras una esclava. Prometo enterrar a tus padres según su fe. Afortunadamente, no anda por aquí ninguno de mis soldados. ¿Te queda alguna familia?

—No. Soy la única hija del rabino Eleazar. Hasta nuestros esclavos han sido eliminados.

—Se te nota en ti una distinción y una sabiduría nada comunes en las mujeres de este tiempo y tu clase.

—No vayas por ahí. Desvía tu camino. Hay soldados de Herodes. Si pasaras, te podrían asesinar. Están tratando de tenderte una emboscada.

—¿Cómo sabes eso? ¡Es increíble! ¿Ves más allá del mundo físico?

—Pudiera ser.

—Eres un auténtico enigma.

Atrás dejaba aquella ciudad eterna, con sus casas de barro, piedra y ladrillos, con sus arcos y columnas. Un estilo curvo, más que lineal, como era costumbre en Roma. El suyo en particular había sido un hogar rico, donde los esclavos no eran tratados como tales, puesto que su padre fue un hombre diferente a los demás. Avanzado para su época, se daba cuenta de que había cosas en su religión y en su cultura que no eran razonables. Los hombres tenían la primacía en todo, gozaban de innumerables privilegios, mientras que las mujeres estaban muy limitadas, porque se las tenía por muy poca cosa. Se las trataba como algo secundario. Y esto no lo podía admitir. Claro está que eran respetadas por traer hijos al mundo, sobre todo si eran varones; pero él las consideraba igual que al hombre. Nunca se portó mal con los sirvientes, siempre los favoreció, y ellos le fueron fieles hasta la muerte. Sus recíprocas relaciones se desarrollaron de manera auténtica. Todas estas cosas las iba sabiendo la gente. Pero, ¿habrían sido los romanos los autores de la destrucción de su casa en verdad, o más bien los enemigos que se había granjeado en la propia patria, puesto que su familia se oponía a los vicios que caracterizaban a la sociedad de la época en aquellas tierras?

El adulterio, el robo, las venganzas, los asesinatos, estaban a la orden del día. Jesús había venido a poner paz y a realizar una obra de

enorme trascendencia para el mundo; (hecho que no comprendieron los hombres de su tiempo). Aunque Esther no lo había conocido, sus enseñanzas le calaron hondo, al igual que a sus padres. Los hombres de su patria no eran mejores que los romanos, a pesar de su mono-teísmo. Para todos, el poder, la riqueza y la materia era lo que contaba; salvo casos especiales. La falsedad de los que profesaban su credo se mostraba patente. Aunque se trataba del pueblo elegido por Dios, sin embargo, no se daban cuenta de que la Verdad residía en el interior de ellos mismos, al proyectar las propias acciones sobre las demás personas.

Su padre había sido denunciado más de una vez, porque daba a conocer la ley mosaica con un sentido de la tolerancia que el pueblo no tenía, de forma abierta y al estilo de las enseñanzas del galileo. Era tenido por un agitador en Roma y entre los suyos. Eleazar no era estricto; como maestro de los textos sagrados, los difundía dándoles un toque de humanidad, y sobre todo procuraba predicar con el ejemplo. No gustaba de reglas ni normas, sino solo de aquellas que su corazón le dictaba. Se podía considerar un revolucionario al estilo de Jesús. Rompía con todo arquetipo a favor del amor, del amor universal, criterio que no lograba entender la clase sacerdotal de su tiempo, para la cual solo contaban la rigidez y la observación de los preceptos externos. Y es que, aunque se decían seguidores del auténtico Dios, practicaban una religión cargada de prejuicios; no conocían el perdón, la caridad y el amor. En esto puede que se pareciesen a los paganos, a los que ellos mismos criticaban con muchos convencionalismos.

La educación de las mujeres era mínima, al ser consideradas de un rango muy inferior al hombre. En asuntos religiosos ocupaban otro lugar en las sinagogas. No podían salir si no eran acompañadas, y con un velo puesto, para que no pudiesen apreciar su hermosura. Siempre estaban bajo el dominio del padre, del marido o de un guía. El progenitor tenía poder indefinido sobre sus hijas, a las cuales casaba a su

antojo. Pero ella fue diferente. Nunca había querido contraer matrimonio; y sus padres la comprendían, cosa que no era corriente entonces. Notaba que había venido al mundo a desempeñar una función distinta a la de las otras muchachas, aunque ignoraba cuál era concretamente. Deseaba ser libre y hacer lo que su conciencia le dictase. Aquella sociedad la miraba como un bicho raro, pues era consciente de su saber y potencialidades, lo cual estaba mal valorado por los varones de su ciudad. Había aprendido griego, latín, retórica, música, arte dramático... Había hecho viajes a Grecia, y llevaba una existencia parecida a la de un hombre, aunque siempre manteniendo el recato que exigía su posición y su sexo. De todas formas, su familia no era bien vista por su amplitud de miras y opinión particular del mundo. Esta actitud le podría haber costado la vida en cualquier momento en su propio suelo. Estaba claro que la misión de Esther no iba a ser corriente.

Se interrogaba a menudo por qué no les habrían eliminado antes sus propios compatriotas; pero cada cosa sucede en el momento que ha de suceder, y esa podía haber sido su respuesta a las elucubraciones mentales que se planteaba. Jerusalén era una ciudad poco presta a la tolerancia. No se podían exponer las ideas abiertamente, bajo pena de costarle la vida al iluso que obrase con inocencia en este sentido. En cambio, en Galilea las ideas se podían expresar sin peligro. De hecho, Jesús pudo predicar su doctrina y difundir su pensamiento a montones de personas; aunque luego terminó de esa forma tan dramática. Pero es que ese había sido su propósito en este mundo. Galilea siempre fue una tierra de cultivos, olivos y pescado, con una gran masa inculta, de clase media-baja; sin embargo en Jerusalén se concentraba la intelectualidad, y el pueblo, por lo general, era ilustrado. Pero la diferente ideología seleccionaba de manera profunda a la gente.

Aquel templo, al que solo estaba permitido que entrase el sumo sacerdote, había sido visitado por ella alguna vez de forma camuflada,

y ahora lo estaba perdiendo de vista. ¿Qué nuevas le esperarían en la depravada ciudad a donde se encaminaba? Pues, aunque de avanzadas ideas, Esther siempre fue fiel a los principios morales, más que aquellas sectas judaicas que se las daban de fieles cumplidoras de la ley religiosa, en las que las apariencias sociales y la estricta ejecución de los estatutos tenían más peso que el interior de la persona.

En Galilea había una variopinta población: los griegos se dedicaban a la industria y al comercio, y vivían en una zona más urbana; y los judíos autóctonos habitaban en una parte más rural, y hablaban arameo. Por eso, no era de extrañar que los helenos que había allí supieran algo de arameo, y los judíos algo de griego; sin embargo, no se juntaban unos con otros, excepto para las necesidades básicas, porque los judíos llevaban sus productos al mercado y los griegos los compraban.

2

Siglo XXI

La vida transcurría lenta y difícil en aquella gran ciudad que era la capital de Italia, a la cual tantos y tantos sucesos históricos le tocó pasar en su evolución hasta la época moderna. El tiempo avanzaba pesada, pero a la vez, rápidamente para estas dos amigas, que lo eran con autenticidad y certeza: Elena y Julia. Porque la existencia es una gran contradicción, que se resume en la angustia metafísica por la que transitan algunas personas que pretenden ver en ella simplemente un cúmulo de casualidades, de progresos y bienestar material, para esa gente que supone que su persona no es nada más que lo que vemos por fuera. Pero para estas dos colegas, la conducta y el vivir diario eran mucho más que lo exterior.

El barrio de la Carbatella estaba en un nivel muy elevado con respecto a su posición social. Por lo menos así lo pensaba Elena, profesora en la Universidad Pontificia de Roma. No vivía mal; sin embargo consideraba la zona donde se ubicaba su piso demasiado lujosa y cómoda para una persona que seguía los principios cristianos y deseaba ponerlos en práctica. No se dejaba llevar por el catolicismo hipócrita que practica la mayor parte de las personas. Sabía que Jesús había dado unos principios morales básicos y esenciales, que no eran difíciles de aprender; pero sí, quizás, de llevar a cabo. Su puesto en la universidad estaba asegurado. ¡Le encantaba la teología! Aunque Elena era seglar, fue algo que siempre la atrajo, y un foco importante de sus inquietudes espirituales. Pero también le gustaba mucho el arte dramático, la música y los idiomas.

Le pareció aquel un sitio importante para estudiar y ejercer la docencia, tan grata a su psique. Por ello decidió marchar a Roma y dejar su España querida. Sus padres nunca se habían opuesto a sus decisiones; como personas tolerantes y de mente abierta, alababan todo lo que hiciese su hija, por considerarla una persona muy especial. Pero ellos ya habían fallecido, y de una forma extraña, pues poco antes de su partida le dijeron que esto les tenía que ocurrir, que no tuviera pena, que al final todo saldría bien. Estas palabras misteriosas de su madre la habían dejado un poco sorprendida. Pensaba que aquel ambiente era el más adecuado para las cuestiones filosófico-teológicas que ella se planteaba, y con las que deseaba convivir. La investigación constituía otra de sus grandes metas, así como la historia general y la eclesiástica en particular, ya que estas se hallan razonablemente vinculadas.

Aquella tarde había quedado con Julia en la cafetería de los Museos Vaticanos o en el Plaza Café. No se acordaba bien del lugar en que se iban a encontrar. Era tan despistada, que a veces la desorientación acudía a su mente como un alma en pena que no ha encontrado su sitio definitivo. Pero la vio a lo lejos, en el segundo establecimiento.

Venía por la calle de la Conciliazione, y ya vislumbraba la panorámica de aquella espléndida plaza. Períptera, de forma trapezoidal, con dos parajes elípticos de columnas, sobre las cuales se asentaban figuras de santos. Siempre le había sorprendido aquel obelisco situado en medio de la rotonda. Procedía de Egipto; en el siglo XVI el Papa Sixto V lo colocó frente a la basílica de San Pedro, en memoria del citado apóstol. Junto a este obelisco se crucificó al santo (época de Nerón, año 67).

Vestía con unos pantalones ajustados (aunque no demasiado) que le marcaban una elegante y joven silueta, un jersey haciendo juego, un abrigo de paño con cuello a la caja que hacía contraste con el tono de su vestimenta, y unos zapatos de medio tacón, anchos y cómodos. El

gorro iba a juego con el abrigo, al igual que los zapatos y el bolso. Todo ello le daba el aspecto de una mujer elegante y moderna, a la vez que un tono de misterio asomaba a su rostro.

Estaba pensando estas cosas, cuando vio a su amiga en la cafetería, sentada en una de las mesas de la terraza exterior. Se le notaba una cierta preocupación en su rostro, pero también una gran ansia de verla a ella. Seguro que algún problema la atormentaba, o cualquier cuestión importante debía consultarle.

Las dos parejas de columnas que se disponían de forma oblonga y abrazada significaban el acogimiento de la iglesia al visitante. Por eso a ella le gustaba mucho este lugar; además de por sus formas artísticas bellas y distinguidas, por toda la simbología que representaba este sitio, lugar sagrado que tenía largas tradiciones grecorromanas, cristianas y de la época clásica renacentista y barroca. Ciertamente Bernini había plasmado una magnífica obra artística, que permanecería hasta el fin de los tiempos; por lo menos ella tenía esta grave intuición, que no se le quitaba de la mente. Podría pensar que era solo un punto subjetivo, y estar en lo cierto, porque con estas cosas psicológicas uno no sabe cómo acertar.

En época de los emperadores romanos se le llamaba «la Ciudad Eterna»; iba desde su fundación legendaria por los hermanos Rómulo y Remo hasta estos tiempos, en los que una gran multitud de personas pensaba que era inminente el segundo advenimiento de Cristo. Presentían la pronta venida de la última época. Los finales de milenio y los principios eran proclives a estas cosas, y los temores asaltaban las mentes humanas como dragones que venían irracionalmente a acabar con la vida de la gente, sin darse cuenta de que nuestro Dios es más providencial y misericordioso de lo que piensa la mayor parte del género humano, al que asalta un miedo atávico.

—Hola, Julia, ¿cómo estás?

—¿Qué tal, Elena? Hacía un tiempo que no te veía.

—Es que el trabajo nos tiene aprisionadas; el asunto laboral nos absorbe mucho. Hemos de escribir libros, artículos, investigaciones de la facultad... en fin, no hay espacio para nada.

—¡Y que lo digas! A mí me ocurre lo mismo.

—Te noto un poco nerviosa, pero supongo que quizás no sea el momento para que me lo expliques. ¿Qué estáis haciendo en vuestro seminario?

—Un tema que nos está costando años. Se trata de averiguaciones sobre la época de Nerón.

—¡Muy interesante!

—Sobre el reinado de los emperadores de la familia Julia-Claudia; su política, creencias, costumbres, desmanes, paulatina decadencia...

—Y la degeneración de la gente común y corriente quieres decir también, ¿No?

—Pues sí. Porque el modelo de dioses que tenían, copiado de los griegos, no era precisamente un dechado de virtudes. El pueblo seguía unas costumbres salvajes y criminales. Acudían como cosa normal a los espectáculos de gladiadores, en los cuales uno de ellos acababa asesinado por el otro. Y con el paulatino anexo de nuevas provincias, el dinero abundaba, la moral se relajó, los esclavos aumentaron y cada vez los trataban peor...

—Fue una familia de personas corruptas, donde el asesinato y el incesto, así como la perversión de costumbres, se impusieron a las más moderadas que hubo en épocas anteriores, como en la República.

—El poder corrompe; y cuando sus conquistas alcanzaron el cénit, mayor fue su deterioro.

—Bueno, ahora no ocurre nada distinto. El nivel económico mundial ha sido muy elevado, y las costumbres también están muy debilitadas, al igual que los valores espirituales, de los que ya queda tan poquito... Por lo menos aquellos eran patriotas, pero es que

nosotros... hemos pasado en Italia muchos años de corrupción política.

—Y en España también, ¿no? Nos hemos vuelto una especie humana pasiva y robotizada.

—Después de una dictadura de derechas, han venido una serie de gobiernos alternativos, que no han sabido asimilar la auténtica democracia. El pueblo tampoco estaba preparado para esta, y no la ha digerido bien. Ha confundido la derecha dentro de un sistema democrata con la dictadura de nuevo. Mucha gente no tenía las ideas claras. Y como consecuencia, los desmanes y extravagancias, así como la relajación de costumbres y moral fueron en aumento. Todo se adulteró y degeneró en una especie de libertinaje e inmoralidad paulatina.

—¿Parecido a aquellos tiempos del Imperio Romano?

—Creo que las edades son cíclicas, igual que las modas y las ideologías.

—Observo que en todo el mundo, sobre todo en el occidental, ha habido una pérdida de virtudes religiosas y morales. El cristianismo está sufriendo golpes terribles. Principalmente porque ha surgido una fuerza radical que lo persigue a muerte y quiere conquistar el mundo y dominarlo.

—¿Esa fuerza extremista no se puede comparar con el imperio de los césares?

—Podría ser.

—Ningún extremismo es bueno.

—Hay quien dice que puede existir moral sin religión.

—Y otros afirman lo contrario; que no puede existir.

—Paralelamente han ido decayendo las dos, sobre todo en Occidente.

—Dejemos esto. ¿Qué trabajo lleváis vosotros?

—Se titula «*Cristianismo, evolución a lo largo de la historia y su comparación con otros credos, y con el antiguo paganismo*».

—¡Muy interesante también! ¿Y tú? Supongo que te casarás con algún clérigo que haya colgado los hábitos, ¿no?

—No seas irónica. Hasta ahora no he encontrado a nadie. Me da la impresión de que he venido al mundo para otra cosa; pero no sé, es todo conjeturas sin fundamento.

—Pues yo he conocido a un hombre muy inteligente y buena persona. Estoy saliendo con él. No sé cómo acabará todo, porque ya sabes que en nuestros tiempos las relaciones de pareja no parece que sean muy estables. Es tanto el egoísmo y la inmadurez de muchos... Hablo por la mayoría. Este hombre es realmente misterioso.

A Elena le chocó mucho esta actitud de su amiga, ¿sería ello lo que le preocupaba? A medida que iba hablando de esta persona, su cara se transformaba paulatinamente. Era como si se tratara de un hallazgo, de algo que parecía fuera de lo común. A ella misma le había influido en el ánimo el encuentro con una persona tal. Julia no había tomado nada de lo que habían pedido, ensimismada como estaba en la conversación; ni las voces de los niños, ni el ambiente jovial y distendido que se respiraba en la plaza a esas horas la distraían. Su atención se centraba en los asuntos internos que debatían su imaginación y su mente.

Conversaciones como las suyas se oían poco, e inquietudes como las de estas dos amigas no eran frecuentes entre la mayoría de las personas comunes de hoy en día, que viven hacia fuera, y a las que los temas filosóficos y metafísicos no les importan en absoluto; en cambio, sí el tener más, quedar por encima del otro y disfrutar de la materia.

—¡Qué raro!

—¿Por qué lo dices?

—Porque... ¿A qué se dedica? ¿No será algún loco?

—A investigar. Es ayudante en la facultad de Historia. Y trabaja en mi departamento como colaborador. Y dice que tiene un gabinete de asuntos ocultos.

—¡Qué sorprendente! Pues sí que se dedica a temas dispares.

—Además, dice que su familia se remonta al emperador Nerón.

—Que yo sepa, murió sin hijos.

—De alguien que estaba muy próximo al emperador. No sé si me estará tomando el pelo, o es que quiere decirme que su linaje fue contemporáneo de aquel César. Desde luego, lo observaré con paciencia y detalle.

—De todas maneras merece la pena seguir sus pasos muy de cerca.

—Puede que se trate de algún desequilibrado. En nuestra época no te puedes fiar. Podría ser un gran fabulador.

—Dime, ¿por eso tenías la cara tan deprimida cuando te vi?

—Por eso y por algo más.

El cielo amenazaba lluvia. Se iba ennegreciendo paulatinamente. La gente, aterida de frío, se ponía sus abrigos por el cambio de tiempo, y los niños, encogidos, tiritaban ante los primeros copos de nieve que comenzaban a caer. Un cantante de ópera entonaba tristes canciones con una voz atiplada. Algún indigente que otro declamaba poemas para sacar algunas monedas. El ánimo de las dos mujeres también se tornó un poco oscuro, pues presentían futuros acontecimientos llenos de problemas.